

el discurso del papa a la congregación general de los jesuitas

HORACIO BOJORGE, S. J. •

El miércoles 16 de noviembre, en vísperas de clausurarse la Congregación General (CG), el Santo Padre Pablo VI, en lugar de la audiencia acostumbrada, quiso concelebrar en la Capilla Sixtina con el P. General Arrupe y otros cinco jesuitas, en presencia de todos los padres delegados. Después de la Concelebración, el Papa pronunció una alocución que dio mucho que hablar a la prensa y que ha recibido interpretaciones inexactas. El 24 de noviembre, y según parece a pedido del mismo Santo Padre, al que habrían apenado profundamente estas interpretaciones equivocadas, el P. Arrupe ofreció una Conferencia de Prensa en la que aclaró el alcance y el carácter de la alocución del Papa.

LO QUE DIJO LA PRENSA

Entre los numerosos ejemplos tomamos uno. Bajo el título: "Jesuitas: Admiten que hubo errores" publica un diario el siguiente comunicado: "Roma, 24 (REUTER). - El Padre Pedro Arrupe, General de los Jesuitas, la más poderosa orden religiosa de la Iglesia Católica Romana, admitió hoy la existencia de «peligros y decadencia» en las filas de los Jesuitas, y

dijo que la reciente admonición del Papa Pablo VI tenía por fin prevenirla contra ellos. Pero el Superior General Vasco, al hablar en una conferencia de prensa se negó a arrojar luz sobre el enigma de los peligros, errores o debilidades a que se refirió el Papa. El 16 de noviembre, el Papa Pablo VI al recibir a los Jesuitas después de su Congregación General —o Asamblea Suprema— dijo que había oído «informaciones extrañas» acerca de relajamiento en la obediencia y mayor espíritu mundano entre los 36.000 miembros de la Compañía.

«Dejó a un lado la andanada de preguntas sobre el significado del discurso del Papa escuchando a todos los periodistas y leyendo luego una declaración preparada. «El deseo del Papa manifiestamente tiende a prevenirnos contra los peligros que en ciertos miembros realmente existen». No hay que sorprenderse dijo, que a veces en algunos sitios y en ciertos casos los miembros hayan traspasado el límite oportuno: «No intentamos defender los errores», sin embargo, el Papa habló «como Padre, no como Juez» agregó. El Papa pronunció su discurso al fin de la Congregación General, realizada para re-

estructurar la Orden a la luz del Concilio Vaticano II. Los Jesuitas, tropas de choque intelectuales de la Iglesia, han sido tradicionalmente los más leales campeones en la lucha contra la herejía, en la educación de la juventud, en la obra misionera y en la investigación científica".

Uno no sabe qué admirar más en estas informaciones de la prensa, apresuradamente tecleadas a base de medias verdades, rasgos escogidos un poco al azar y golpes de incienso desconcertantes, como bálsamo sobre inexactitudes algo hirientes. Sin duda el Padre General Arrupe ha diagnosticado sabiamente, cuando ante tales gratuitas generalizaciones, ve en ellas síntomas de "interpretaciones apresuradas, pero ciertamente no mal intencionadas". La enfermedad del periodista —y este diagnóstico lo daba el Padre Arrupe ante una sala colmada de enviados de los órganos de prensa más poderosos del mundo— sería la prisa por lanzar primicias, no la mala voluntad. El P. General de los Jesuitas tiene ya una experiencia de Via Crucis en sus diálogos con la prensa, pero a la vez, suficiente conocimiento de los hombres como para discernir dónde hay mala voluntad. Y para quien ha presenciado la simpatía con que es recibido por los periodistas, el diagnóstico del General, es la única explicación del tenor de comunicados de prensa como el que acabamos de transcribir.

EL DISCURSO DEL PAPA

El diario "L'Osservatore Romano" lo publica en su número del 17 de noviembre, bajo un título elocuente, sobre todo si se tiene en cuenta que es el órgano oficial de la Santa Sede: "Paulo VI recibe

las muestras de fidelidad y celo de la XXXIª Congregación General de la Compañía de Jesús y *confirma la confianza de la Iglesia en la Orden*" (el subrayado es nuestro). El título es ya una interpretación y un comentario, proveniente de círculos allegados al Papa, de la intención y del gesto del Santo Padre. La foto de la Concelebración Eucarística, que acompaña al texto latino, vale para el que sepa entender el lenguaje del Vaticano, por muchos comentarios. En efecto, cuando según lo acostumbrado, los jesuitas solicitaron una audiencia, el Santo Padre sugirió espontáneamente una *fórmula inusitada*: una Concelebración eucarística en la Capilla Sixtina. Es en ese contexto, al final de la Concelebración, donde se sitúa su alocución a los jesuitas. La intención del Papa era clara: dar una muestra de afecto y de confianza a la Orden. Entender sus palabras en contradicción con ese gesto elocuentísimo, es un error de perspectiva que sólo puede explicar por la prisa y la irreflexión que impone a los periodistas la lucha por la noticia.

El pasaje del discurso que se ha tergiversado más frecuentemente aislándolo de su contexto es el siguiente:

"Hijos de San Ignacio, miembros de la Compañía de Jesús: ¿queréis seguir siendo ahora, en el futuro y siempre, tales cuales fuisteis desde el comienzo de vuestra Orden hasta nuestros días, en el servicio de la Iglesia Católica y de esta Sede Apostólica? No habría motivo para plantearos esta pregunta, si no fuese porque hemos oído rumores acerca de vuestra Compañía y de otras Ordenes Religiosas. Noticias y rumores que —no podemos callarlo— nos han llenado de estupor y de pena".

El estilo solemne de la retórica del Papa es sin duda impresionante, pero no extrañará a quien esté familiarizado con los discursos del Papa Paulo. Una construcción balanceada, que se equilibra entre los polos de la preocupación y la esperanza, que amonesta y alienta, le son característicos. Un estilo, que por otra parte, calza dentro de las más rancias tradiciones apostólicas: "Predica la Palabra, insiste con buena forma y en ocasión, reprende, amenaza, exhorta, con toda paciencia y doctrina" (2 Tim. 4, 2).

El Papa explicita a continuación, algunas de esas cosas que lo preocupan: ciertas dudas acerca de la utilidad y compatibilidad de la disciplina ascética y espiritual tradicional con el apostolado de hoy; acerca de si la obediencia no sería más bien un obstáculo para un trabajo fructuoso; acerca de la conveniencia de fijar tiempos para la oración individual; cierta actitud demasiado mundana en la búsqueda de contacto con el mundo.

No se puede negar que este pasaje es un pasaje austero y que sonó severamente. Algunos han supuesto que el Papa habría prestado oídos a un grupo conservador que habría querido frenar las renovaciones dentro de su Orden, escudándose con la autoridad pontificia. Esto no es verosímil. En primer lugar, el trabajo de la Congregación ya no podía ser influido por estas palabras de clausura. Ellas podrían influir solamente en la aplicación e interpretación de los decretos. Pero sobre todo, y de esta opinión eran muchos delegados aún de tendencia renovadora, la atmósfera de sinceridad y lealtad en que había transcurrido la Congregación hacía innecesario acudir a una *maniobra*; no sólo innecesario sino impensable. El Papa estaba personalmen-

te preocupado por ciertas evoluciones dentro de la Compañía y de otras Ordenes. Y así lo dijo sinceramente. Se sabe en el Vaticano que el mismo Santo Padre escribió de su propia mano el discurso a los jesuitas y que lo hizo traducir al latín.

Es en el resto del discurso donde hay que encontrar el equilibrio a estas preocupadas y preocupantes expresiones. Allí habla el Papa del consuelo y el alivio que había traído a sus cuidados, la labor de la CG. Allí alaba las reformas realizadas en la fidelidad al espíritu de la Orden. "Estas nubes que cubrían el cielo, las han disipado en gran parte. Los trabajos y las disposiciones de vuestra Congregación". "Con gran gozo hemos visto la esforzada probidad de vuestras voluntades".

El Papa declara poco más adelante, respondiendo a la pregunta de los jesuitas: "Hijos míos queridísimos, he aquí mi respuesta: ¡así es! Tenemos y mantenemos nuestra confianza en vosotros; os mantenemos el mandato apostólico; os manifestamos el afecto de nuestra caridad y nuestro ánimo agradecido; os bendecimos". Y todavía: "Si seguís siendo lo que habéis sido, no os faltará nuestra estima y nuestra confianza". Frase en la que no hay porqué pensar que el "sí" condicional ponga el énfasis sobre algo que debe realizarse en el futuro por no existir en el presente, sino al contrario, como se desprende del texto.

LA CONFERENCIA DE PRENSA DEL PADRE GENERAL

Después de leer en italiano un texto de siete páginas (cuyo contenido reproducimos sustancialmente en otra parte de este número), a un público de más de 150 pe-

riodistas, se dio oportunidad de hacer preguntas, rogando que se formularan primero las relativas al discurso del Papa. Esto facilitaría la respuesta y evitaría repeticiones y pérdidas de tiempo.

¿Cómo ha de interpretarse el discurso del Papa? ¿Como aprobación o como reprobación?, pregunta alguien en francés.

La Radio Nacional de España, por medio de su representante pide aclaraciones acerca del problema de la Obediencia en la Orden y el significado de lo dicho por el Papa en este sentido.

Algunos representantes de la prensa norteamericana, inglesa y holandesa piden aclaraciones sobre frases del discurso del Papa que podrían parecer reticentes. El Papa habría visto disipar la mayor parte de las nubes, estaría satisfecho con gran parte de las decisiones de la Congregación. ¿Quedan nubes por disipar? ¿Hay decisiones en las que no está de acuerdo? ¿Cuáles?

Un corresponsal italiano se interesa por la naturaleza de los rumores que han llegado a oídos del Santo Padre así como por los canales a través de los cuales podrían haber llegado. Otro nota que la traducción italiana habla de rumores *sinistros*.

A estas preguntas sobre el significado del discurso del Santo Padre, responde el Padre General dando lectura al texto siguiente:

“Quisiera, ante todo, adelantar dos premisas:

“1º) Hoy, la organización y la difusión de los medios de comunicación son tales, que cualquier acontecimiento sucedido en un rincón remoto de la tierra, puede ser difundido inmediatamente en todo el mundo. Una noticia recogida por una agencia puede dar la vuelta al mun-

do a través de las cadenas de los diarios. Este es vuestro poder como periodistas.

“¡No ha de extrañar pues, que 36.000 jesuitas puedan ofrecer material a este giro de noticias! A veces noticias hermosas. Otras veces —y éstas son las más buscadas y difundidas— menos hermosas y más discutibles. El común denominador de «jesuita», que se repite en los partes de prensa, puede terminar creando un eco desproporcionado a los hechos aislados, pero que deja fácilmente un regusto de desconfianza, o por lo menos una deformación de la perspectiva. En ciertas ocasiones todo esto puede surgir a la superficie y generar, en la prisa, juicios menos exactos o menos objetivos.

“2º) La Compañía de Jesús no es una fortaleza cerrada y aislada de un contexto histórico, social, cultural y sobre todo: eclesial.

“El Concilio ha sido en la Iglesia, la ocasión providencial de toda una fermentación de ideas y movimientos. Por así decirlo, se está todavía en la fase experimental de la «adaptación y renovación» que el Concilio ha traído consigo. Junto a éxitos espléndidos, nos encontramos también con fracasos. A veces la audacia ha superado la prudencia.

“La Compañía de Jesús es copartícipe de esta compleja realidad, no exenta de peligros. Y lo es de manera especialmente profunda y amplia. Por su número —36.000 miembros—, por su presencia en casi todos los campos de la ciencia y de la cultura, por sus contactos de avanzada con hombres de toda mentalidad e ideología. Por su expansión, la Compañía refleja las más diversas condiciones sociológicas, culturales, políticas y religiosas de los diversos países en los cuales trabaja.

“No es de maravillar que a veces, en

algún lugar y en algún caso, se haya ido más allá de lo oportuno.

“Pero tampoco queremos cometer otra mayor que todas ellas: la de, por miedo de equivocarse en la acción, cruzar los brazos en una expectativa vana.

“Puestas estas dos premisas, quiero agregar los elementos de juicio siguientes: Es clara la voluntad del Papa de ponernos sobre aviso de peligros o desviaciones. Y no los señala en abstracto, como si los hubiera deducido por caminos de la lógica, sino a partir de hechos concretos, en el seno mismo de la Compañía.

“Es precisamente su preocupación de Padre y de Pastor, la que desea preservar a todo el cuerpo de una milicia que ama y siente como suya, de los peligros que se han manifestado como reales y actuales en algunos de sus miembros. Peligros que, como ha cuidado de precisar el mismo Santo Padre, no amenazan exclusivamente a la Compañía.

“Frente a las gratuitas generalizaciones de intérpretes precipitados —ya que ciertamente no malévolos— que pueden presentar un cuadro completamente deformado, quisiera subrayar la *delicada precisión* del Papa. Mientras que el Santo Padre reafirma por un lado su confianza, su gratitud y su afecto a toda la Orden: «Vuestra y Nuestra Compañía», y mientras le renueva el mandato apostólico; por otro lado, cuando trata de los peligros, de los rumores y de las noticias negativas, los presenta como fenómenos particulares: «en algunos rincones de vuestra numerosísima Sociedad», «en algunas mentes», «hubo quizás quien creyese», «quizás se hicieron algunos la ilusión...».

“Fenómenos particulares, ciertamente dolorosos: que ciertamente podrían difundirse y extenderse si no se los corrigie-

se. Por eso el Papa ha hablado, ha puesto en guardia, ha llamado la atención y a la vigilancia, ha destacado aquellas cosas que no se deben abandonar (a las cuales, por la gracia de Dios, nuestra Orden ha renovado el propósito de la más absoluta fidelidad).

“Se trata, pues, de una palabra seria, prudente, que no silencia el peligro. Pero de una palabra tan llena de afecto y de preocupación paterna, que uno no se explica cómo se la ha podido confundir con una condena o un castigo. Tanto más cuanto que la parte más amplia del discurso está llena de insólitas expresiones de estima, de afecto y de confianza; y esto luego de haber examinado el Papa los decretos de la CG. Nosotros, por nuestra parte, las hemos recibido como una prueba de confianza estimulante y exigente.

“Quien por lo demás ha escuchado personalmente al Santo Padre y ha notado las inflexiones y los acentos de su voz, la conmoción de sus sentimientos, no ha podido menos de sentir que tenía delante de sí a un Padre y no a un Juez”.

Al terminar la lectura de estas páginas, el P. General ha contestado aún más preguntas y ha vuelto sobre otras planteadas anteriormente. Uno se pregunta, habiendo presenciado la Conferencia, cómo concluyó el corresponsal que citábamos al principio a lo que el P. General: “Dejó a un lado la andanada de preguntas sobre el significado del discurso del Papa”. Que sepamos, sólo dejó una pregunta sin contestar. Una pregunta que por su amplitud, por su carácter histórico y teológico, habría requerido por sí sola, otra Conferencia de Prensa. En todo caso esa pregunta no se refería al discurso del Papa y desbordaba la finalidad presente. ♦